

Crónica Literaria 696803

El Pensamiento de don Valentín Letelier, por Roberto Munitzaga Aguirre. — (Editorial Jurídica de Chile)

Hace largos, largos años, más de medio siglo, estubo de visita en Chile don Vicente Blasco Ibañeta y sus varias conferencias sobre literatura en el Teatro Santiago. Recordamos una, fascinante, sobre Balzac. Poesía Blasco en alto grado la magia de la palabra directa, colorida, que llega a todo el mundo. Las opiniones sobre su mérito intrínseco variaron mucho. El orador dudaba de ser un especialista y sus conceptos carecían de novedad, pero sabía seducir a su auditorio con su elocuencia que había sido la palanca de su acción revolucionaria, avanzadísima entonces. Dos veces simultáneas se alzaron en la prensa para elogiar su palabra, dos damas de nuestra sociedad que sobresalían, también recordaban un poco, en el campo literario, donde pocas mujeres se atreven sin seducción. Iris y Shade.

Ambas celebraron en celebrar la fina y nerviosa belleza de sus manos. Como homenaje oficial, el célebre novelista fue invitado a una comida de ceremonia por don Valentín Letelier, Rector de la Universidad de Chile. La epístola de Blasco sobre el eminente traductor corrió acusada en una irrespetuosa fórmula:

—Un melón transcendental.

El escritor valenciano era simpático y gustaba de las imágenes pictóricas.

Desde un ángulo distante, tan opuesto al suyo como diverso del público, señoras a que estudiamos, los pensadores de la escuela liberal veían en Letelier al enemigo máximo, al hombre que abría en el pasado político la brecha más honda y peligrosa a las corrientes atomizadoras que era preciso combatir.

Las herramientas de su pensamiento pedagógico, servidas por una erudición imponente y la autoridad de su preparación filosófica alemana, partieron la masa del viejo Partido de Mac Iver, los Matía y los Gallo, arrojando hacia la libertad, destruyendo hacia las doctrinas socialistas que concluían por dominarlas.

El señor Munitzaga podría decir hasta dónde ha llegado ese viaje y las consecuencias que ha tenido en la política chilena, como asimismo la responsabilidad que en ellas cabe al señor Letelier, quien ciertamente estuvo lejos de preverlas, menos de adelantar y, en algún modo, representó lo contrario de lo que se propone.

Pero el estudio del señor Munitzaga no va por esos lados: su admiración por el antiguo Rector de la Universidad tiende, sobre todo, a poner de relieve la actualidad de algunas de sus ideas matrices y el pasmoso desconocimiento de ellas que manifiestan las nuevas generaciones, más repitiendo con frecuencia sus fórmulas.

El educador y filósofo positivista, discípulo de Lassalle, que a su turno lo fue de Augusto Comte, al luchar contra los viejos dogmas se vio conducido sin querer como el propio maestro, a crear nuevos dogmas, por necesidad de tipo religioso, aunque de signo contrario.

¿A qué se debe el olvido o la ignorancia que ha cubierto el nombre del pensador chileno en materia educacional?

El señor Munitzaga se lo explica.

—Contribuye —dice, pág. 44— a desorientar a muchas, con la sensación de que se patea en un domo desconocido, la nueva terminología utilizada: varios de sus problemas se reformulan, por una parte, bajo el enunciado de una "universidad comprometida" y, por otro, con la expresión germana de "kritische universität". Ello le da al viejo tema un aire nuevo, intencional y sugestivo, con un regusto utópico y beligerante, lo que es grato al paladar de los "jóvenes".

Hace tiempo Ortega y Gasset nos ponía en guardia contra el uso y abuso del término "engagement" —compromiso— que comenzaba a generalizarse en algunos círculos intelectuales: "Terminame Jean Paul Sartre, a quién admiro, conste, porque, digase lo que se quiera, tiene un gran talento, permítame decirle que las cosas que dice habérsele

ahora —es decir, seis meses, porque le hemos visto variar con frecuencia—. "engagement" son inquietudes, los más agudos temas que andan hoy por la calle".

Por desgracia, llevar las entradas rotas de pasajes nuevos ha impedido a las ideas abrirse camino en la masa ni aun conquistar el apasionamiento de la juventud.

El ojo penetrante de Ortega ve a la fama próxima. Nada más contrario al filósofo que el compromiso previo de la inteligencia. Equivale a quitarle su gran privilegio y el instrumento con que explora el porvenir. Al filósofo, el hombre no se compromete a nada, sino a descubrir la verdad. ¿Y cómo podrá descubrirla si acaso se compromete desde la partida?

He ahí el problema, la piedra de toque, el signo de acendrado: la instantánea cuestión de la libertad. Hay que salir en busca de algo que no se sabe lo que es. ¿Cómo reconocerlo? ¿Qué caminos tomar? ¿Qué armas permitirle a los exploradores y cómo asegurarles sus condiciones de trabajo?

Otárganos nuevamente a Ortega.

Para el párr. 40 "la obligación básica del filósofo es hacerse cargo de la dubitabilidad esencial constituyente de todo lo humano". En el principio no fue el verbo sino la duda. Sin la duda, no hay observación, no hay investigación, no hay pensamiento. Ahí, en la incertidumbre, tiene su monumental la ciencia. Sin ella, tampoco hay libertad. ¿Qué poseo la llave de la sabiduría no puedo en conciencia, permitir que otros se acerquen a la cerradura: la llave que lleva es una llave falsa. Sólo el que duda, lo admite. ¿Quién sabe? Pero los dogmáticos no se dirigen nunca esa interrogación: se oponen a ello su soberbia.

Y aquí tenemos uno de los factores humanos fundamentales de la libertad, la virtud moral por excelencia: la humildad.

Tal como, según los moralistas, todo pecado, en el fondo, es un acto de soberbia, de rebelión contra una ley del "non servium" atómico, todo acto de virtud es un acto de sujeción a una ley, es inclinarse el individuo ante un principio superior, de tal modo que no se concibe un despota modesto y carece de sentido lingüístico la expresión de un "poderío soberbio y tolerante". Son parejas que el sentido del idioma rechaza.

"...por tanto, continúa Ortega, el "engagement" es la contradicción más radical que cabe de la esencia misma de la teoría que es la revocabilidad permanente sin duda metodológica. Y realmente dicha condición define el nivel propio al ser humano, que es animal hipotético, que vive de hipótesis, como Platón enseñó para siempre. Cuando deja de serlo o no lo logra, empiezan automáticamente a funcionar la estupidez y la brutalidad, que son sus más prontas inclinaciones".

En el linaje de nuestros rectores, don Valentín Letelier figura como el que lanzó a los universitarios a la acción, y le hizo, sin duda, animado de los más nobles propósitos y de una confianza plena en elevación intelectual del estudiante. Sólo que nunca sabe el aprendizaje de largo el camino que van a tomar los elementos desolados. Y es de prever que el gran Rector, el filósofo de la pedagogía, no se sentiría satisfecho si le tocara, no digamos penetrar en el recinto actual del Instituto Pedagógico, pero siquiera cruzar sus alambres, ver las consignas que pueblan las paredes y sentir el volente de poderdumbre con que insisten hasta lejos ese barrio.

La "cultura refleja" de que habla el señor Munitzaga, el influjo del ambiente que la Universidad debía recibir y propagar mediante la acción de los dogmas impuestos desde las cátedras universitarias, se ha convertido en una escuela de inculcación y regreso al salvajismo, no sólo práctica, sino teóricamente, como una afirmación absoluta y una propensión física, arrellanada.

Todo esto por el abandono del principio de la libertad, único que asegura el progreso de la ciencia y la posibilidad de una coexistencia civilizada, capaz de equilibrar en una síntesis los contrarios.

El pensamiento de don Valentín Letelier. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1971

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El pensamiento de don Valentín Letelier. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa